VALENTE, ENSAYISTA

Manuel Fernández Casanova

A Alma Estela e Iseo Montetes-Mairal Fernández

El corpus ensayístico de José Ángel Valente se ha constituido en lugar ineludible para los estudiosos que se han adentrado en tan señalado universo poético, una circunstancia forjada en la notable unidad de pensamiento que muestran estos textos con los de índole lírica y narrativa del escritor. A través de unos y otros, surge de forma diáfana la imagen del poeta comprometido con el lenguaje como modo privilegiado del compromiso con la realidad y con su tiempo, la del intelectual insumiso frente a componendas culturales o políticas, la del crítico capaz de iluminar aquellas zonas ocultas de nuestra

tradición más heterodoxa o la no menos importante del estudioso del fenómeno místico.

Un ejemplo inequívoco de todo ello lo tenemos en el primer libro de ensayos publicado por Valente en 1971, *Las palabras de la tribu*, alumbrado en un momento de inflexión que se refrendaría al año siguiente con la aparición de la primera edición de *Punto cero*. Lo primero que destaca del volumen, que recoge textos escritos entre 1955 y 1970, es el perfecto ensamblaje de los puntos de la propuesta. Dos son sus principales centros gravitatorios: por un lado, la discusión y toma de postura al respecto de las cuestiones teórico-poéticas en el candelero en aquellos años; por el otro, la revisión de la obra y el legado de algunos autores representativos de la Edad de Plata, tradición literaria esgrimida por Valente como espejo —más allá de los puntos de reunión o de disenso— para los poetas de su propio tiempo.

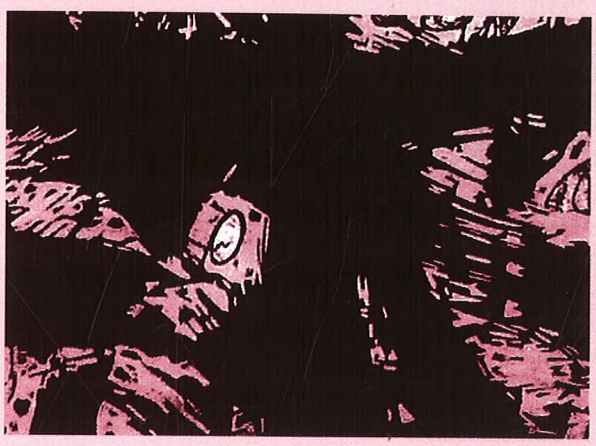
Respecto a la primera cuestión enunciada, observamos desde el inicio del libro una decidida apuesta por trocar la perspectiva desde la cual se había afrontado, en líneas generales, la crítica literaria de aquellos últimos años. Así, Valente no parte del análisis de los aspectos finalistas o comunicativos de la obra —lo que, según él, lleva a una consideración final de la literatura como transcripción de algo exterior a ella—, sino que centra su interés en el proceso de creación —o más bien de manifestación— de la obra misma. A partir de ahí, enuncia su concepción del fenómeno poético como «conocimiento "haciéndose"», basada en lo esencial en una consideración de la palabra como forma verdaderamente creativa y libre, capaz no sólo de alojar lo oculto, sino también de desenmascarar la ideología (en tanto que forma de todo poder institucionalizado de operar el secuestro de la realidad —y, por supuesto, del lenguaje, de «las palabras de la tribu»), operando así finalmente la transformación auténtica de la realidad.

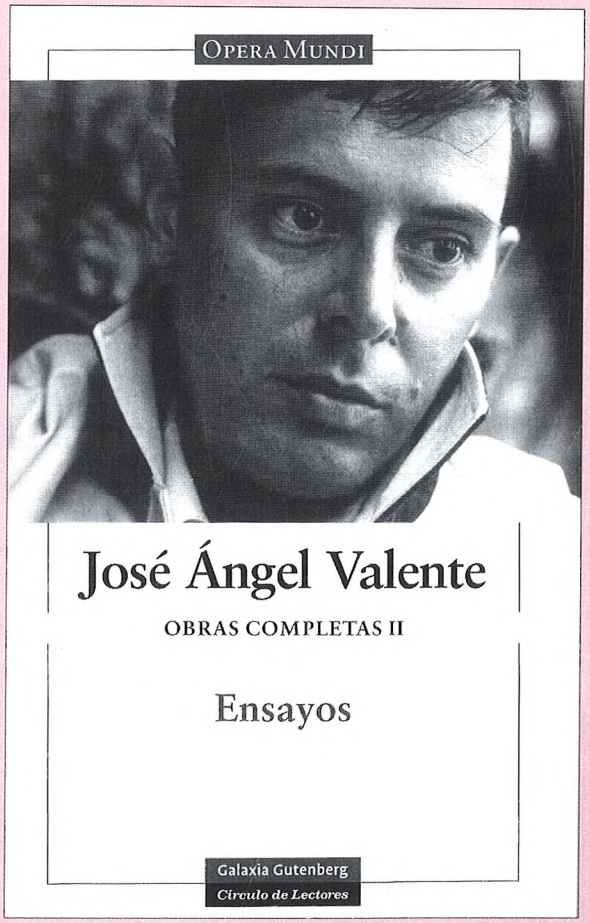
Una reflexión que en «La hermenéutica y la cortedad del decir» (uno de los artículos cardinales no sólo del libro sino de toda la producción valentiana en tanto que anticipa las vías por las que evolucionará esta) se presenta radicalizada a favor de una caracterización de lo poético como operación de restitución del lenguaje (a través del «túnel infinito de las rememoraciones») hacia el origen. Valente se desmarca de la querencia por el tópico de la inefabilidad habitual en este tipo de concepciones poéticas, en favor del de la «cortedad del decir», tópico de estirpe mística, y que el poeta interpreta en clave de palabra surgida del tenso equilibrio entre parquedad y fecundidad significativa, y por tanto capacitada, según él, para *hacerse conocimiento* «de lo que consiste en un no conocer, en un no saber, en un más allá de todo conocimiento». La propuesta, por otra parte, se ve rematada por

la petición de una nueva cultura crítica de tipo hermenéutico, a la manera de las tradiciones judía o árabe.

Todo lo anterior se enmarca dentro de un claro empeño por propiciar la renovación (una vez verificados el agotamiento de la estética romántico-simbolista y la esterilidad del realismo socialista) del enjuto panorama poético español. Valente apuntó en múltiples ocasiones la peculiaridad de una literatura, la nuestra, que, separándose de la evolución estética europea, había renunciado de facto a seguir las sendas de una modernidad que ella misma había propiciado. Al respecto resulta esclarecedora la lectura de un artículo que se quedó a las puertas de su publicación en *Las palabras de la tribu*, «Situación de la poesía española: conexiones y recuperaciones», donde se constata que para el escritor estas conexiones con la tradición europea «sólo tendrán significación real si encuentran fundamento en una previa y profunda recuperación de lo propio». Una restitución a la que se había entregado el propio Valente desde las mismas páginas de *Las palabras de la tribu*, escrutando tales mimbres en el legado de aquellos autores consagrados antes de la contienda civil, y una labor que cristalizará en la relectura de la tradición mística que protagonizará volúmenes posteriores.

Así, el reencuentro con las líneas más características de la modernidad europea lo observa Valente en Antonio





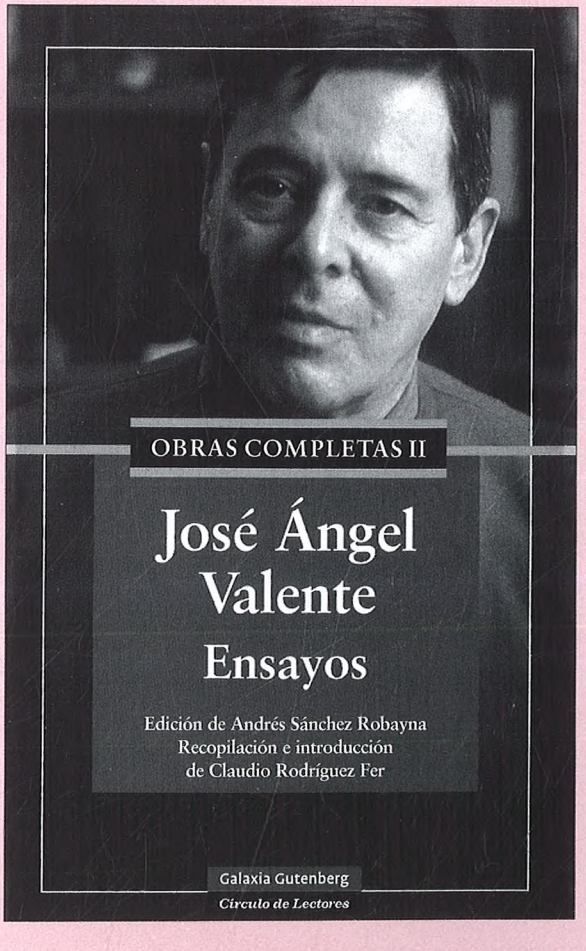
Machado —concretamente en los apócrifos y en su magistral uso de la ironía— y Unamuno —de quien subraya la armonización de lo poético y lo meditativo característica de su lírica—. Concordancia entre poesía y pensamiento que echa de menos entre los miembros del grupo del 27, de entre los cuales sólo muestra interés por Aleixandre, García Lorca y, sobre todo, por un «disidente [...] de su generación», Luis Cernuda, verdadero continuador para Valente de la tarea iniciada por Unamuno. No cabe duda de la enorme gravitación —tal vez sólo comparable a la de César Vallejo— que por entonces ejercía en nuestro escritor no sólo la obra, sino también el ejemplo moral de Cernuda, con el que compartió la voluntad de equilibrio del verso «entre el lenguaje escrito y el hablado», el afán de recuperación de algunas de las muestras más heterodoxas y olvidadas de nuestra tradición, o la consideración de la aventura poética como experiencia solitaria.

La madurez en el análisis alcanzada en *Las palabras de la tribu* evidenciaba una vigorosa carrera como crítico y ensayista, que se había ido fraguando desde 1948 en diversas publicaciones, entre las que cabe destacar *Cuadernos Hispanoamericanos*, *Índice de Artes y Letras* o *Ínsula*. Valente, voluntariamente expatriado desde mediados los años cincuenta, se revela como un comentarista vehemente y libre de toda atadura, con una gran seguridad en el manejo del lenguaje (logro en gran parte basado en su dominio del recurso de la ironía), y que no ahorra ataques a los diversos estamentos literarios (escritores, lectores, premios, antologías y especialmente críticos —uno de sus blancos favoritos—), en escritos que partiendo de la reseña literaria se ampliarán con los años al ensayo, el aforismo, la crónica, el artículo de opinión, la carta al director, el prólogo, el homenaje y, por supuesto, la poética. De estos primeros tiempos cabe destacar, asimismo, sus defensas de una concepción trascendente de la literatura —sin suponer ello merma de la sinceridad y el compromiso con «el aquí» y «ahora»— y de una figura de escritor con una sólida formación intelectual y humanista, y un profundo conocimiento de la propia tradición como medio para evitar la imitación «por contigüidad».

En 1957, con el escalofriante ensayo «Variaciones sobre el terror: *La Question*», Valente inicia sus ensayos estrictamente políticos. Centrado en un episodio de la guerra de Argelia, este alegato contra la crueldad de los métodos de tortura modernos es también una defensa del irrenunciable derecho a la libertad de conciencia. En general, los comentarios políticos prodigados por Valente a lo largo de su carrera suelen ser de una lucidez y una perspicacia en el análisis inquietantes. Seguramente fue de los primeros en nuestro país en observar y anotar el carácter conservador del proyecto europeísta —incluso reconociendo su

conveniencia para nuestro país—; o la deriva totalitaria implícita en la socialdemocracia, paulatinamente prisionera del gran capital y de los grupos mediáticos manipuladores de conciencias. Y se mostró particularmente inflexible ante todo conato de la izquierda de renunciar a ese horizonte de transformación de la realidad implícito en su ideario. Para Valente, el ejercicio del pensamiento, en tanto que ejercicio de apertura e incluso destrucción de lo precedente, era «un acto de desobediencia», de ahí su desprecio frente a aquellos intelectuales que coqueteaban con el poder.

A partir del análisis hermenéutico de la pintura de Tàpies «Cinco fragmentos para Antoni Tàpies» (texto que cierra *Material memoria*, 1979), Valente enuncia una poética en la que se refrendan algunas de las intuiciones apuntadas en *Las palabras de la tribu*, al tiempo que se anuncian otras ampliadas en los volúmenes ensayísticos posteriores *La piedra y el centro* y *Variaciones sobre el pájaro y la red*. Así, por ejemplo, la identificación de la creación poética como ejercicio de retracción, acto en el que el artista sólo es responsable de la formación del «espacio vacío» en el que se produce la manifestación de la materia en la obra (que desde otra perspectiva continua la especulación sobre la destrucción de la identidad del poeta como requisito indispensable para la aparición de la palabra, uno de los ejes de «Situación de la poesía española...»). O la concepción



de la obra no tanto como forma sino como formación, o lo que es lo mismo, «nostalgia originaria de lo informe» (una idea que se presenta asociada al impulso del eros y a la resistencia a toda fijación). O, finalmente, la mención al silencio como elemento inaugural de la experiencia poética.

La creciente consideración por el fenómeno místico, erigida alrededor del interés por las figuras y las obras de Juan de la Cruz y de Miguel de Molinos, encontrará finalmente cobijo en una meditación que, construida alrededor del símil místico como vía de acceso al misterio de la génesis de la palabra poética, se concreta en *La piedra y el centro*, y ya no abandonará el devenir estético de Valente. También en este libro podemos distinguir dos focos temáticos fundamentales: por un lado, el que prosigue la reflexión teórica iniciada en el anterior —si bien desde las perspectivas anunciadas en «La hermenéutica y la cortedad del decir»—; por el otro, el estudio de la manifestación mística en sí (punto en el que es preciso destacar no sólo la brillantez del mismo sino la abundancia del aparato bibliográfico aportado y el rigor en el trabajo comparativo entre las diversas tradiciones examinadas).

También en el estilo se detectan diferencias significativas respecto a textos pasados. Así, Valente se desvía con frecuencia del tono metodológico y expositivo, en favor de otras estrategias que operan alrededor del juego de espejos nacido no sólo del mencionado recurso al símil místico sino de la oportuna utilización de correlatos (el cantaor, la piedra, el vuelo del pájaro solitario) o de la deconstrucción de señalados textos literarios o místicos; asimismo, el habitual recurso valentiano a la ironía se ve relegado por la utilización de la paradoja como maniobra privilegiada en el acercamiento a lo oculto, a la experiencia abisal del poema.

Algunas vías recorridas por el libro trascurren por parajes ya entrevistos y ahora retomados y abiertos desde enfoques complementarios. Al respecto, cabría mencionar la defensa de la naturaleza no intencional y ajena a instrumentalidad de la palabra poética (aquí equiparada a las que Juan de la Cruz denominara «palabras sustanciales»); o la meditación sobre la naturaleza anónima de la obra verdadera: «En el punto de unificación de la forma, la referencia al hombre o al autor —¿quién es el autor?— está ya de antemano disuelta. [...] La obra es así anónima, como la poesía está, en verdad, hecha por todos» («Las condiciones del pájaro solitario»).

Por otra parte, *La piedra y el centro* revisa el conflicto entre poesía e ideología a partir de la indagación en la difícil convivencia entre el místico y la ortodoxia de su tradición de partida, o, lo que es lo mismo, entre aquellos que abordan la lectura de la tradición textual desde una posición de «ilimitada *apertura*» y los que

lo hacen desde la clausura y cristalización previa de la misma. Este es el marco en el que se inscriben no sólo el relato del proceso promovido contra Molinos, sino también los diversos artículos que exploran uno de los territorios, el de la relación entre eros y ágape, donde ambos enfoques suelen mostrarse más distanciados. Valente (cuyo horizonte es la recusación de la visión dualista de la realidad típicamente occidental —simbolizada precisamente en el binomio espíritu-cuerpo—) apoya su argumentación en nociones fundacionales del cristianismo como la encarnación del Verbo o la resurrección, señalando así el origen no cristiano de dicha escisión. Asimismo —a la manera de las tradiciones místicas de la Cábala, el Tao o el sufismo—, propone la equiparación del amor divino y el carnal como modo de unión entre los ámbitos terrestre y divino, en lo que supone una reivindicación de la restitución para nuestra cultura de la instancia del cuerpo en la órbita de lo sagrado. Valente encontró una notable analogía entre su teoría sobre el proceso creativo como experiencia unitiva surgida de la manifestación del eros —o lo que es lo mismo, del deseo— y la experiencia interior del místico, tal como se observa en «Los ojos deseados», artículo incluido en *Variaciones sobre el pájaro y la red*, donde se profundiza en la instancia del deseo y, concretamente, en su inalcanzable satisfacción, en la que el escritor observa la razón de ser no sólo del místico o del poeta, sino también del ser humano en general.

Una correspondencia entre las figuras del místico y del poeta que Valente percibe asimismo en sus lenguajes, pues no en vano ambos aspiran a captar la imposibilidad del decir en su misma precariedad. El escritor, que anota el carácter transformador y transgresor común a ambos discursos, surgido de su naturaleza de experiencias extremas, nos recuerda que el punto de partida compartido no puede ser sino la destrucción del sentido ordinario del discurso —sea este poético o religioso—. Horizonte residual de la palabra, imagen del «libro quemado», extraída de la tradición judía a través de Jabès y Celan, en la que indaga Valente (junto a las del desierto y el exilio) en «La memoria del fuego».

Por otra parte, en *Variaciones...* el escritor impugna algunos lugares comunes de los estudios místicos, bien al respecto de la interpretación de los textos de Juan de la Cruz («El ojo de agua», donde disiente de los criterios al respecto de la filiación platónica del carmelita en favor de la puramente cristiana); o bien cuando en «Sobre el lenguaje de los místicos: convergencia y transmisión» demuestra los fenómenos de convergencia por la raíz existentes entre las místicas cristiana, judía e islámica (que ejemplifica analizando la filiación judeoconversa del símbolo de las moradas en la obra de Teresa de Jesús), negados o postergados por otros especialistas.

En cuanto a los artículos escritos por Valente durante las dos últimas décadas del siglo pasado y no recogidos en sus volúmenes «místicos» o en los póstumos, cabe destacar algunos núcleos temáticos: así, la crítica a la creciente banalización del medio literario (muchas veces con la complicidad de los propios escritores); la valoración de algunos hechos relativos a su relación con los coetáneos (Barral, Gil de Biedma, Costafreda...) durante los años de la dictadura; las polémicas de actualidad (entre las que cabe destacar la mantenida con Vattimo en 1987 alrededor de la noción de posmodernidad, tras la que Valente observaba preocupantes muestras de pragmatismo político conformista y acrítico); la reflexión sobre el pasado, presente y futuro de Almería, ciudad que acogiera al poeta desde 1986; o la dedicación al medio cultural gallego originario, con ejemplos como «Basilio en Augasquentes» (bello homenaje a la figura y a la biblioteca del líder agrarista Basilio Álvarez) o «Figura de home en dous espellos», en la que el escritor se observa a sí mismo como «figura de home deliñada en dous espellos, espallada en dúas linguas, nada de dúas adentradas fontes».

Y todo ello sin olvidar esa verdadera poética, irradiada desde la escritura aforística, recogida en el librito *Notas de un simulador* —con el que Valente venía a paliar la escasa dedicación de nuestros escritores a este género tan fecundo en la modernidad europea—; como tampoco las diversas conferencias en las que, más allá de la visión panorámica sobre la propia obra o la presentación de algún título reciente, el escritor divulgó su concepción de la palabra y la poesía. Así, entre otras, «Lectura en Tenerife» (donde desarrolla su conocida especulación sobre la aventura poética como «inmersión en las capas sucesivas de la memoria», y establece las tres fases de dicho descenso: descenso a la memoria personal, a la colectiva y a la de la materia); o «Lectura en el Círculo de Bellas Artes» (donde anunció el final de dicho ciclo y el inicio de otro, el representado por *Fragmentos de un libro futuro*).

Los dos últimos libros de ensayos, *Elogio del calígrafo* y *La experiencia abisal*, fueron publicados póstumamente. El primero es una recopilación de artículos, reseñas y comentarios acerca de cuestiones estéticas y artísticas. En líneas generales, la argumentación se construye en torno a dos ejes: el primero es la plasmación de la teoría valentiana —surgida de la asimilación de la obra e ideario de Tàpies— de la existencia de una «materia última» de la que se nutren y a la que apuntan todas las artes —al respecto, Valente incluso acuña el marbete de «estética de vasos comunicantes»—; el segundo entraña la propuesta de una estética de la «retracción», en la que el escritor ve la opción más legítima para afrontar desde el arte y la literatura las problemáticas planteadas por la modernidad. Sin duda, uno

Foto de Antonio Gálvez (1969-1971)

de los momentos más intensos del libro surge de la evocación —en el texto que da nombre al volumen— de la imagen del padre del ensayista en el ejercicio de la escritura, verdadero correlato no sólo del proceso de interiorización ontológica asociado a ella, sino también (en lo que atañe a la ausencia de finalidad utilitaria y a la unión de los ámbitos corporal y espiritual que se produce en ese acto de la escritura) de los principios estéticos valentianos.

Pero tal vez el texto más recordado del libro sea «Cuatro referentes para una estética contemporánea». En él Valente desarrolla una propuesta que, partiendo de la enunciación heideggeriana de la función de la lengua poética como medio para atraer a los seres a lo abierto, es decir, «a la región del Ser», establece sus puntos cardinales en Baumgarten y su teorización sobre la dimensión estética del conocer; en la noción de *aura* de Benjamin como modo de rebelión contra la reproductividad técnica propia de nuestra época; en los *ready-mades* de Duchamp como modo de arrebatar a los objetos a la instrumentalidad; y en la música de

Webern (de quien afirma Valente: «tal vez haya marcado mi propia poesía más que ninguna otra escritura contemporánea»), como ejemplo de retracción, concentración y brevedad extremas a partir de las cuales armar la denuncia frente a la malversación de la palabra característica de nuestras sociedades contemporáneas.

En cuanto a *La experiencia abisal*, Valente regresa a la reflexión sobre la inexistencia de una tradición poética en nuestro país que aúne poesía y pensamiento (a las figuras señeras de Unamuno, Machado y Cernuda, vendrá ahora a añadir al último Juan Ramón). En «Formas de lectura y dinámica de la tradición», esta fractura entre lo lírico y lo meditativo es llevada al terreno de la crítica y su transmisión de la tradición, y concretamente al análisis de las interpretaciones de la obra de Juan de la Cruz que hicieran Dámaso Alonso y Jorge Guillén, tildadas de menguadas por Valente, quien asimismo observa en ellas un obstáculo para la penetración en nuestro país de otras, según él, más profundas, como las de la crítica francesa. Sin olvidar textos como «Poesía y exilio» o «La experiencia abisal», en los que el movimiento exílico de la creación de la nada como punto de partida para la creación introduce unas reflexiones intensamente apoyadas en un completo aparato de citas y ejemplos procedentes de los campos del pensamiento más diversos, por un lado, sobre las relaciones entre creación y exilio a través de los diversos exilios de la historia española; y, por el otro, sobre las diversas visiones que la filosofía, la mística y la poesía han tenido de la nada, verdadero centro de la experiencia abisal.